

ALBUM DE SEÑORITAS

Y

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Las Argivas.—Las Foenses.

Si vimos en Artemisa el heroismo de una reina, en las Argivas vemos el heroismo de un pueblo de mujeres, de una multitud no guiada por un capitan, ni por una guerrera, sino por una poetisa, por Tesálida, cuyo pecho se inflama con la llama del patriotismo.

Argos, esa antiquísima ciudad del Peloponeso, que tanto figura en la historia, en las tradiciones y en las leyendas, estaba en guerra con Lacedemonia, de no menos celebridad que aquella. Guiaba á los lacedemonios su rey Cleómenes, y la fortuna coronaba su frente con los laureles de la victoria.

Arrollándolo todo á su paso, marcha á la capital; la sitia, destroza y mata á una gran parte de ciudadanos, y la ciudad se vé en inminente peligro de caer en manos del conquistador, que va llevando la desolacion á su paso.

Pero si en otros sitios las mujeres han

contribuido á la afliccion de los defensores, si sus lágrimas de temor han apagado su ardimiento, y sus ayes han amilanado su espíritu, allí, como si el valor del hombre se hubiera trasladado á la mujer, se la vé, impulsada por un entusiasta patriotismo, encargarse de la defensa de la ciudad. Lo piensa y lo ejecuta; y todas cuantas mujeres tenían edad para soportar el peso de las armas las toman y corren inmediatamente á coronar los muros, causando su vista asombro y admiración al enemigo.

No temió por eso: creía débiles aquellas líneas que se oponían á los victoriosos lacedemonios, y sin cuidarse de la resistencia, avanza á arrollar á los nuevos oponentes, que le vieron huir avergonzado.

Desesperado Cleómenes al ver que los que vencieron á los hombres eran vencidos por mujeres, ordena un segundo asalto, estimulándoles á vengarse y á reparar en él su ignominia; pero nuevamente son rechazados por aquel muro de femeniles pechos, y el sitiador tiene que lamentar dolorosas pérdidas, tantas, que hubo de levantar el sitio y retirarse humillado por el esfuerzo de aquellas he-

roinas, que se inmortalizaron con sus hechos, trasmitidos hasta nosotros despues de tantos siglos, por Plutarco, por Sócrates, por Herodoto y otros célebres historiadores, para que no se tome por ficcion lo que fué realidad.

Sócrates, hablando de las mismas Argivas, dice que rechazaron y ahuyentaron á otro rey llamado Dancareto, sin embargo de que ya habia ocupado la parte de aquella ciudad que se llamaba Pamphilia.

Los hombres trataron de ocultar su vergüenza con el reconocimiento, y á cuantas murieron en la defensa determinaron enterrarlas en la via llamada Argia; á las que sobrevivieron, se les permitió erigiesen un simulacro á Marte para eterna memoria de sus hazañas.

En estas fiestas se celebraban solemnes sacrificios, y se presentaban las mujeres con las vestiduras de los hombres, y éstos con túnicas talaes, y cubierta la cabeza con velos mujeriles.

Como fueron tantos los ciudadanos muertos, se casaron, para restarar su pérdida, no con los esclavos, como dice Herodoto, y desmiente veraz Canseco, sino con habitantes de ciudades cercanas, que podian llamarse sus compatriotas, entre los cuales cada una eligió esposo á su voluntad.

De otro género, aunque parecido y no menos sublime, fué el sacrificio de las mujeres de la Fócida, cuando Daifanto estaba en encarnizada guerra contra los de Tesalia.

Los focenses temian por sus mujeres, en caso de que entrara el enemigo; mas ellas, si no tenían valor para pelear, le tenían para morir, y ofrecieron todas con gusto perecer en las llamas cuando

el enemigo estuviere próximo á entrar en la ciudad.

Esta decision de las mujeres alentó mas á los hombres, que salen en busca del enemigo, le hallan en las inmediaciones de Cleonas, ciudad de la Argólida, en el mismo sitio en que mató Hércules al leon de Nemea, y obtiene Daifanto una magnífica victoria.

Las focenses se salvaron; y en memoria del triunfo y del heroísmo de aquellas mujeres, se celebraban en honor de Diana solemnes sacrificios, que enaltecian á ese sexo que tiene por atributo la debilidad.

A. Pirala.

LITERATURA.

Mis Recuerdos.

¿Por qué á la mente mia
Recuerdos acudis con desenfreno,
Turbando la alegría,
Que estúpido sentia,
Hoy retozar en mi profundo seno?

¿Por qué con loco empeño
De hiel mezclais las horas de mi vida,
Y vuestro adusto ceño,
Sin reparar el sueño,
Sigue inflamando mi mortal herida?

Dejadme un solo instante
Que en paz disfrute de tranquila calma;
No pases adelante,
Que es, por Dios, irritante,
Perder con ellos la mitad del alma.

Lanzad vuestros encaros
Sobre campo mas fértil y florido
En que podais gozaros,
Que yo por todo daros,
Dar podré melancólico gemido.

Con intencion tirana
Marcó mis pasos la menguada suerte,
Soñé con el mañana,
Pero esperanza vana,
Porque sus alas estendió la muerte.

¡Ay! para eterno duelo
Un ángel de esperanza y de ventura
Desprendido del cielo,
Al darme su consuelo
Grabó en mi corazón la desventura.

Su amor dejó en mi frente
Huellas marcadas de dolor profundo,
Como deja la fuente
Con su mansa corriente
Débil vestigio de que fué en el mundo.

La humanidad traidora,
Cubriendo de placeres el hastío
Que sin cesar devorá,
Con risa seductora
Dijóme: *ven*; tu pensamiento es mio!

Y el pensamiento loco
Corrió veloz hasta chocar en medio
De tan inmundo foco;
Retrocediendo á poco,
Mas impregnado de terrible tedio...

Desde entonces mi vida
Pasa cual nave que sin rumbo cierto,
Por el noto impelida,
La mar embravecida
Surca veloz sin encontrar el puerto.

Y vosotros que veis
El mal que sufro al recordar mi historia,
Qué os hice? qué tenéis
Para que así goceis
En dar tormento á mi feliz memoria?...

Dejadme que prosiga
En busca, ciego, de traidora roca:
Dejadme en mi fatiga,
Y antes que yo os maldiga,
Podeis huyendo detener mi boca.

Diego García Nogueras.

EL ANIMA SOLA.

Novela original de

Doña Robustiana Amiño de Cuesta.

I.

El materialista.

En uno de los cafés mas concurridos de la antigua cuanto ilustre ciudad de Salamanca, se reunian todos los dias cuatro ó cinco amigos, que colocados en derredor de una mesa cuadrada, cubierta con un tapete verde bastante raído, pasaban hora tras hora embebidos en el severo *tresillo* y la clásica *se cansa*.

Aunque ya bastante avanzada la primera mitad del siglo XIX, no habia llegado aun la época de la última esclaustracion, y las gigantes bóvedas de Santo Domingo y San Bernardo, habitadas despues por una colmena de pordioseros, resonaban todavia con los cánticos de centenares de religiosos que, á sus muchas obras buenas, añadian la de cuidar con el mayor esmero los magníficos trabajos de escultura y de arquitectura que encerraban sus claustros, tan bárbaramente profanados en nuestros dias.

En aquella época, feliz acaso bajo mas de un concepto, la política entraba por muy poco en las conversaciones públicas, y cuando entraba, lo hacia en voz baja, y velándose como una niña proscripta que teme hacer su segunda salida en el mundo. Es ver-

dad que ya se oía pronunciar de vez en cuando la palabra emancipación, y que se hacían varias alegorías á la libertad; es verdad que un ruido sordo y continuado anunciaba al pueblo que España dormía ya sobre un volcán... pero aún dormía.

En los pueblos pequeños no se hacía nada, no se pensaba en nada. En las ciudades, el juego y las intrigas amorosas absorbían casi todo el interés general, y por eso hastiados de beber, y cansados de jugar, concluían siempre los ociosos por hablar de las mujeres y referir estensas crónicas á cual mas escandalosas.

—Amigos, dijo uno de los jugadores, recogiendo los naipes y arrojándolos sobre la mesa; basta de tresillo por hoy.... ¿sabeis que aquella jóven blanca y rubia como un querubín, se ha dejado prender en las redes de oro que el capitán de Guardias supotender á su virtud?

—Virtud! virtud! respondió con sarcasmo un opulento solterón, cuya pechera de encaje, adornada de diamantes, hacía adivinar un aristócrata del antiguo régimen; virtud! ¿y creéis acaso en esa beldad mitológica?... Ah!... ah! la virtud es hembra, y como ellas coqueta y amante de lo bello.... no me interrumpáis.... yo comprendo que pueda encontrarse alguna vez una sombra de virtud entre las favorecidas por el destino, que ni sufrieron privaciones, ni sintieron en su vida un deseo que no fuese satisfecho; pero la virtud necesitada, con un rostro bonito y veinte años de edad, es lo que la naturaleza ha hecho imposible.

No sorprendió tamaña blasfemia á los jugadores, acostumbrados sin duda á las disertaciones materialistas de D. Félix de Salazar, que así se llamaba el solterón, y emprendieron una reñida polémica, que concluyó por ofrecerles D. Félix un refresco

magnífico si no conseguía en breve presentarles un ejemplo vivo de sus doctrinas filosóficas.

—Dadme una criatura pura como un ángel, dijo al fin levantándose y envolviéndose en los anchos pliegues de su capa azul, y si es pobre, jóven y hermosa, el oro la convertirá muy pronto en un ángel caído.

Era D. Félix de Salazar de hermosa presencia y simpático rostro, bien que su edad frisaba ya en los cuarenta y cinco años, y que su barba un tanto saliente demostraba muy á las claras la falta de algunos dientes.

Aristócrata por nacimiento, elegante por costumbre, socialista por convencimiento, gastaba como los primeros chorrera de encaje y caja de oro; vestía como los segundos con todo el rigor de la moda, y entraba con el mismo desembarazo en los suntuosos palacios de la calle de la Trinidad, que en el mas oscuro rincón del barrio de los Milagros.

Franco hasta tocar en la prodigalidad, era al mismo tiempo ciegamente apasionado por las mujeres, y aunque como vemos, no creía en la existencia de la virtud, sentíase capaz de subir de rodillas las colinas de Roma por alcanzar una sonrisa de la mujer amada.

Su ama de gobierno, como casi todas las amas de los solterones, tenía en la casa un poder absoluto, basado en el antiguo cariño de su señor. Pero como sabía de memoria que sus dos antecesoras habían obtenido la misma privanza, siendo sucesivamente reemplazadas por otra mas jóven, doña Juliana, que así se llamaba el ama de gobierno, había concluido por aborrecer á toda mujer que fuese hermosa y no pasara de veinte y cinco años; temible talismán que debía arrancar de sus manos el cetro del despotismo doméstico.

Desde el día en que se había suscitado la polémica acerca de la virtud, andaba D. Félix inquieto, y como suele decirse, á caza de aventuras. Su compostura rayaba en amaneramiento, y su rostro, en el que brillaba siempre la triple espresion de opulento, aristócrata y libertino, estaba mas hermoso que nunca.

Paseábase una tarde con sus cuatro amigos de tresillo, bajo las magnificas arcadas de la Plaza Mayor, ocupándose, como siempre, de juegos y amores, y estableciendo su paseo desde la acera que va desde la calle de Herreros á la de los Consejos, cuando llamó su atencion un grupo de jóvenes costureras que alegres y bulliciosos, como palomas campesinas, se dirigian por los portales de la Plaza hácia la embocadura de la calle de la Trinidad, hablando en voz alta y salpicando su animada conversacion con ruidosas carcajadas y plácidas sonrisas.

Nada en verdad mas seductor que la vista de aquel grupo de séres, al parecer felices, con sus veinte años, sus vestidos de colores fuertes y sus lindos cabellos cogidos graciosamente sobre las sienes en grandes rizos sujetos con doradas angulemas, según la moda de entonces.

—Las modistas! exclamó uno de los jugadores dirijiéndose á D. Félix; las modistas! magnifico rebaño por cierto!

—Escelente! dijo el solteron examinando con ojos de gavilan aquellas figuras esbeltas, que tenian toda la flexibilidad de la primera juventud.

Los cinco amigos echaron á andar detrás del grupo, apretando el paso para poder llegar antes que ellas á la embocadura de la calle.

Colocados bajo el arco que da entrada á la calle de la Trinidad, contemplaban á su sabor la gentileza y donaire de aquellas hijas

predilectas de la alegría y el buen humor, cuando el jóven que habia hablado antes les llamó la atencion hácia una de ellas que cerraba el grupo; lindisima muchacha en quien no habian reparado hasta entonces.

Era ésta una jóven de unos diez y ocho años, de semblante anjélico, con grandes ojos aterciopelados, y magnificos cabellos lisos cogidos sencillamente hácia atrás, con un peine de asta rojizo y deslustrado. Su vestido de lana negra, raído ya y apiezado por todas partes, solo podia servir en fuerza de un estremado aseo, y mereced á un pañolon de lana verde que le cubria en su mayor parte.

Esta jóven formaba tal contraste con sus compañeras, que no era posible creer que tuviesen el mismo oficio, la misma edad y hasta el mismo taller. Los vestidos almidonados de sus compañeras llenaban los portales, el suyo la envolvía como un sudario, proclamando su escasez de ropas interiores; aquellas iban alegres y reunidas mirando á todas partes y contestando á todos, ella caminaba despacio sin mirar á ningun lado, sin hablar á nadie, y siendo el objeto de las burlas de las otras, que no podian comprender una tristeza de diez y ocho años.

Lo único que llevaba en armonía con las demas, eran las doradas angulemas que sujetaban sus grandes macetas de negros cabellos, porque ¿qué mujer jóven y hermosa puede mirar con indiferencia su tocado por pobre que sea?

Los ojos de D. Félix brillaron como dos carbúnclos al ver aquella especie de sombra, y dando algunos pasos involuntarios hácia ella, dijo:

—Qué hermosa es!

—Bah! chocheas, respondió riendo uno de los otros, es una cara fria, sin espresion.... á propósito para una estatua de la melancolía.

—Nada mas picante, añadió otro joven, que los apodos con que se distinguen esas divinidades de taller... el vulgo la llama Azucena, pero sus compañeras la han bautizado con el nombre de *Anima sola*.

Los otros tres acogieron esta bufonada con una carcajada de las mas insolentes.

—Luego, la conocéis? preguntó don Félix.

—Vaya!... si la conozco!... es una huérfana que trabaja de modista en el taller de la Gitana; es una beldad de las pocas que anidan en el Conejal; fria é insulsa como las estatuas de la catedral vieja.

Salazar respiró. Fascinado por aquel rostro candoroso y lleno de bondad, tenia celos de todos los que la hubiesen amado hasta entonces.

—La Gitana? exclamó al fin como recordando... esa modista tan elegante?

—La misma, D. Félix, y por cierto que *Anima sola* es, merced á su indiferencia, un ejemplo vivo de la virtud que os obstinabais en negar hace pocos dias.

D. Félix frunció las cejas. En aquel momento no se acordaba de la palabra dada; era en verdad vergonzoso haberla olvidado. Radiante de gozo al ver la buena ocasion que se le preparaba, iba á pedir á su joven amigo que le presentase en el taller, cuando recordó y dió un grito de alegría, exclamando:

—Ah!... la Gitana! magnífico! es la modista de mi ama de gobierno.... Señores, acepto el desafio... Azucena... lo entendéis? Azucena, la insensible, el *Anima sola*... bravo... viva la virtud... Entretanto nuestras jóvenes modistas habian pasado ya toda la calle de la Trinidad, y formando un corro para despedirse, se hallaban detenidas al final de la calle. Azucena se habia reunido á sus compañeras.

Los cinco amigos empezaron entonces á

subir la calle, pero antes que se acercasen á ellas, el grupo de las jóvenes se deslizó, y cada una marchó en direccion diferente. Azucena subió sola toda la calle de Zamora y se internó despues en el laberinto de callejuelas, propiamente llamado el Conejal.

Momentos despues era completamente de noche.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

A mi querida Sobrina.

Veo con gusto, hija mia, que tu papá ha puesto á tu cuidado el gobierno de la casa, que es como si dijésemos, haberte nombrado *ministro del interior*: te felicito por ello, pues demuestra la confianza que tiene en tu disposicion y buen juicio, así es que debes mirar como una obligacion el hacerte digna de esta deferencia; pero te advierto, que no es tan fácil como á primera vista parece el dirigir una casa. Ante todo es menester calcular detenidamente sobre la necesidad de establecer un verdadero balance entre los ingresos y los gastos, porque si no te persuades de la importancia de este consejo, y no lo admites como regla constante é invariable de tu conducta, mal irá el gobierno de la casa.

Puesto que papá te ha encargado de la total administracion, debes hacer un presupuesto, en el que consignes á cada articulo de gastos la cantidad que le corresponde: el precio ó alquiler de casa, que debe ser aproximadamente el décimo de las rentas anuales; el número de los criados y sus salarios; lo correspondiente al plato; la cantidad necesaria de combustible; el entretenimiento de la ropa blanca y de los muebles; tus trajes y los de tu papá, etc.

Establecido este cálculo, divide el gasto del año por meses, pero de manera que no tan solo alcance á los treinta dias de cada uno, sino que ahorres un quinto, si es posible, para atender á una enfermedad ó gastos imprevistos; y si ninguno de estos accidentes afortunadamente llega á invertir tus economías, te hallarás al cabo del año con un corto capital, inapreciable por su utilidad, bien para cambiar algun adorno desterrado por la moda, los cortinajes ó cualquier mueble, ó bien para proporcionarte la satisfaccion de poder favorecer á un amigo en cualquier apuro.

El medio mas seguro de llegar á este bienestar que te descifro, es el establecimiento en tu casa del orden y la mas rigurosa economía; nunca descuides la exactitud de tu administracion, para lo cual es preciso que lleves las cuentas al corriente, de manera que siempre estés dispuesta á rendirlas; media hora cada noche para anotar los ingresos y los gastos del dia basta para esta importante ocupacion, que viene á hacerse habitual, y la suma de cada mes no es larga ni difícil.

Conozco que tacharás esta carta de circunspecta y *financiera*; pero, hija mia, la cuestion de economías es muy grave, y no creas rebajarte ocupándote de ella, y en prueba de esto te contaré una historia verdadera, en que Voltaire fué el protagonista, y jamás se ha podido poner en duda, con justicia, el talento y fino cálculo de este célebre literato, ni nadie se ha atrevido á censurar de pobreza de alma semejante proceder.

Cierta amiga mia me ha dicho repetidas veces, que la condesa Villette, con quien se hallaba intimamente relacionada desde su juventud, le habia contado que el dia de su matrimonio, antes de ir á la iglesia de Fer-

ney, Voltaire, que era el que la dotaba y casaba, entre otros regalos le hizo el de un magnifico aderezo de brillantes, que quiso colocar por sí mismo en su cabeza, orejas, cuello y brazos. Una vez puestos estos adornos, la admiracion fué general, y la satisfaccion de la jóven desposada bien natural.

—Querida mia, le dijo entonces Voltaire, lo que te acabo de regalar es una bagatela insignificante y pueril; pero los verdaderos tesoros que te ofrezco, hélos aquí: y presentó á la marquesa un grande libro encuadernado en tafete con ricas molduras doradas, en cuyas tapas se leia: en la una, *Cuenta de ingresos del señor marqués de Villete*; y en la otra, *Gastos de la casa del señor marqués de Villete*.

—Hé aqui, continuó Voltaire, el verdadero adorno de una esposa y de una madre; no te olvides nunca de usar diariamente este libro; que el balance esté siempre exacta y escrupulosamente sostenido, y siempre serás rica y dichosa.

La marquesa de Villete, por disposicion natural, era mas apta que otra alguna para apreciar este aviso paternal, dado de un modo tan solemne y significativo; por manera que fué el regulador de su vida y el que la facilitó medios de hacer frente á reveses de la fortuna, en los cuales, una mujer menos arreglada, se hubiera dejado morir indudablemente, y con su existencia hubiera desaparecido el porvenir de los hijos.

Terminado este ejemplo, concluyo mi carta, pues estoy segura que bastará, hija mia, para convencerte, que no es tan solo el primer deber, sino que nada indica tanto el talento y disposicion de una mujer, como saber establecer un buen orden y economia en su casa.



MODAS.

Un poco despejado el cielo del manto oscuro y pesado de que se ha cubierto por tanto tiempo, las gentes que tienen costumbre de dejar Madrid por algunos meses, se ocupan ya de los preparativos para su expedición veraniega.

Este año se llevarán mas que nunca para trajes de campo percales, muselinas y chaconás estampados. En las muselinas y chaconás los dibujos son muy menuditos, y mas distinguidos los de ramitos sueltos: en los percales y cuties los dibujos son anchos de abajo, subiendo su disminucion hasta la cintura. Estos trajes, por lo general, se hacen lisos, con mucho vuelo, ó con volantes, las que prefieren esta moda: el cuerpo ordinariamente se lleva fruncido en la cintura, y abierto, con un fichú blanco. Las telas de verano se prestan perfectamente á las guarniciones con que tan profusamente se adornan las mangas en el día.

Nuestras lectoras comprenderán que los trajes de que acabamos de hablar, son propios solo para correr por el campo: para mas vestidas, tenemos el barés y el organdí estampados: las nuevas disposiciones de estas telas ligeras son cada día mas fantásticas y caprichosas: los volantes llevan guirnalda de flores, listas de estrellas, rayas orientales, ó cintas escocesas: el fondo es liso, ó floreado de ramitos menudos, lunares ó estrellas: las hechuras de estos vestidos son casi las mismas; altos, abiertos y fruncidos en la cintura, y las mangas muy guarnecidas.

Para variar la forma de estos trajes, se hacen cuerpos sueltos de muselina ó piqué blanco, de hechura de chaqueta, altos de espalda y cerrados en el pecho por dos órdenes de guarniciones, intermediadas de un jareton, sujeto con tres ó cuatro botoncitos de oro. Los canesús blancos están tambien mas en boga que nunca para estas partidas de campo.

Para resguardarse del fresco de la tarde se llevan lindos capuchones de jardín, de muselina estampada ó de batista cruda, forrados de tafetan rosa ó celeste.

Aquí concluiríamos nuestra Revista, dejando para otro día ocuparnos de trajes de calle y sociedad, sino tuviéramos necesidad de dar alguna esplicacion, á las señoras que es-

tán suscritas á dos Figurines mensuales, del que se les dirige con este número.

Vestido de moire antiguo, morado, con adornos de cinta de terciopelo y blonda negra: el cuerpo es liso, el talle redondo y un poco entallado por delante y por detrás: el cinturón de cinta, y sus cabos caen sobre la falda. Esta es de mucho vuelo y dispuesta en arcadas de la misma cinta, que cubren la pegadura de un ancho volante. La manga ancha por arriba forma dos campanas, que caen una sobre otra, y viene á estrechar al antebrazo, donde cierra en un puño guarnecido de blonda: tiene tambien tres aberturas por las que sale una ancha manga de tul.

Esplicacion del pliego de Labores.

Núm. 1. Delantera de fichú: el lado izquierdo de este fichú, terminado por un feston, debe venir á colocarse dejando en el centro la tira que forman los cuatro ramos sueltos y que se bordarán en la jareta que va en el medio. Se bordarán al pasado los ojetes chinescos, y las flores de tres hojas, haciéndose al feston las demas partes de este dibujo, que tan complicado parece á primera vista, y que, bien mirado, es muy sencillo.

Núm. 2. Guarnicion para manteleta. Bordada en tafetan negro, las hojas y tallos se ejecutarán á cadeneta, con seda verde, y los granos de uva pueden bordarse al pasado, ó bien colocar en su lugar botoncitos de seda de color de violeta, sujetos con torcidillo negro. La manteleta debe llevar fleco.

Esta guarnicion es tambien de muy buen efecto para volantes.

Núm. 3. Guarnicion para mangas, correspondiente al fichú.

Núm. 4. Guarnicion para gorra; bordado al feston.

Núm. 5. Otra para id.; bordado á la inglesa con molinetes.

Núm. 6. Otra: bordado á la inglesa.

Núm. 7. C. D.: bordado al pasado.

Núm. 8 y 10. Letras: bordado al pasado.

Núm. 9. Matilde: id., id.